

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Nicté Toxqui

“WūyāzuI”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 10-11.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Wūyāzuǐ

Nicté Toxqui

|

Sabíamos que era otoño por todo lo que agonizaba alrededor nuestro. Una persona puede ocupar diario trescientas palabras, ir a la redonda de su idioma sin ser consciente de todo lo que ha dicho: como nosotros, que diariamente caminamos de norte a sur y perdemos la noción del tiempo. Una persona puede perder su tierra en un abrir y cerrar de ojos. Ayer viajamos sin rumbo hasta llegar a la playa, nos metimos al mar, y el mar hervía. Te dije: *el mundo muere*. Me pediste que cerrara mi boca de cuervo. En tu país palabras son presagios. Y nos fuimos a dormir, lo mismo que ir cada quien a su propio huso horario, dejar que lo extinto nos encuentre en sueños. Te dije: *hasta mañana*. Y nos guardamos las malas noticias debajo de la lengua.

||

Soñé que el pueblo se incendiaba, pero en la mañana el fuego traspasó mis párpados y tuvimos que salir hacia la desazón como pudimos: semidesnudos y a tropiezos, igual que en los primeros días del hombre por la tierra. No se podía respirar más, los animales nos corrían entre el nervio, éramos las crías en el lomo de la calle. Los gritos estaban hechos de tierra y cal. Solo nosotros éramos inútiles. No sabíamos controlar el fuego: lo que hasta ahora significa que nunca habíamos entendido qué significa qué se necesita qué implica qué conlleva estar vivos.

|||

Recuerdo a mi bisabuela que se comía la ceniza de su cigarro y lo lanzaba al jardín aún prendido. No hablaba, solo con los nidos de oruga que pendían de los árboles. Algo que ocurriría sobre los meses más cálidos, se adelanta a las temperaturas, contradice el ciclo natural, todo eso que nos mantiene en sitio: las orugas buscan un lugar seguro donde enterrarse y empezar su metamorfosis. Un año pasó sobre ella. Nada pasó frente a sus ojos. Los árboles no se deshojaron, nadie se comió la acícula. Solo el presente, hojas secas, acumulándose cada otoño. Mi bisabuela soñaba con que el mundo se acabara pronto, habían matado a su hijo: siete veces ella empezó el fuego. Se hizo nudo y nido, de las palabras deseaba su veneno como las procesionarias de los pinos. Murió observando cómo renacía todo a la redonda, menos ella, menos las orugas. Sus últimas palabras:

quemaría este mundo una y otra vez.

IV

Sobre el mar que hervía se reflejaba el crepúsculo lleno de lirios, un solo sol negro las estrellas, apenas asomadas, llameantes, altocúmulas, las nubes, más al fondo, cirras, de horizonte a horizonte, nomeolvides, petunias, lavandas, acitronadas en el azul marino, como estar presente, incluso, el pasado cabía en ese instante: mar y cielo, no había escritura para distinguirlos, me pareció poco, intentarlo, en una foto: para qué, sostenerlo, hibernarlo, en cambio, me sumergí de cabeza al alma, y conté hasta diez y estar ahí, era como estar adentro del recuerdo, volver al vientre, sin saber que estoy a punto, de rasgarme, en las olas, soltar el cuerpo, cuando se agota, subir, para recibir el aire, como si antes nunca, el hubiera, sucedido, estar, simplemente, debajo, de la osa constelada, desear caer, tan cercana, insistente, esto: debe ser, lo que es, ser humana, solaz, desolación, dislocación, la pérdida de esta pérdida, lo que mis ojos, ven, y no pueden, extrañar, lo sucesivo, eso, que atardece y amanece, frente a mí, lo que todavía no, se acaba por completo.

V

Hay que retirar los troncos quemados. Levantar la basura que ni siquiera el fuego pudo. Algunas aves vuelven pronto. Quedan marsupiales tibios que se dejan tocar para darles agua. Las raíces en pie son ahora refugio y posadero: hay que aprender cómo conservar lo diminuto: el humus, los hongos, lo que tiene el propósito de airear y retener los minerales. Incluso lo que está muerto habla. Y quizá poner el cuerpo significa no solo extinguir la llamarada, sino saber escuchar lo que hubo antes y después de la ceniza. Crear un puente de lenguaje para que tú y yo lo atravesemos, para compartir la herida, su entonación de humo.

* Wūyāzǔi 乌鸦嘴 significa en chino “boca de cuervo”.

Nicté Toxqui (Orizaba, 1994) es escritora y profesora. Autora de *Sol Negro*, publicado por la UNAM en 2024, dentro de la colección El Ala del Tigre.